



NÚM. 27. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos a 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 6 DE JULIO DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 a 15 pesos.

AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



Nuestro señor, según nuestras noticias se puede hacer un viaje á Londres solo por ver la esposicion particular de perros que se ha abierto en uno de los últimos dias. ¡Qué variedad de razas, de colores, de tamaños, de aptitudes! Los hay lebreles, paches, de aguas, chinos, galgos, podencos, de presa, doguitos, falderitos, mastines, de Terra Nova, de los Andes, de la Australia, daneses, ingleses, españoles, negros, blancos, cenicientos, castaños, mezclados, lanudos, peludos, sin lanas ni pelo, hermosos, feos, grandes, pequeños, medianos, útiles para guardar la casa, para el ganado, para el campo, para dar vueltas á un asador, para seguir la pista á la caza, para portear objetos pesados, etc., etc., etc. Todos perfectamente colocados en el local de la esposicion particular, soportan gravemente las miradas de los curiosos, como penetrados de la importancia de su mision en la sociedad. Y en efecto, no hay para el hombre amigo mas fiel, mas sufrido y cariñoso entre los animales que el perro, ni ninguno puede hacerle servicios tan importantes como él. ¡Oh dolor! ¡y en España todos los veranos envenenamos con estrignina á una multitud de seres interesantes de esa raza, cuando en otras naciones la aprecian, la protegen, la estiman en lo que vale y procuran perfeccionarla! Y no se vaya á creer que esto solo se hace en los paises tan adelantados en civilizacion como la Inglaterra; porque en la India, entre los adoradores de Brahma, el perro goza todavía de inmunidades que ciertamente podrian envidiar los hombres de paises mas adelantados. La seguridad individual del perro está allí aun mas respetada que la del hombre en muchos paises cultos de Europa. Allí el perro goza de tanta conside-

racion en ciertos casos como la vaca, que es el animal sagrado por excelencia, y cuyo estiércol sirve á los santos para sus abluciones y purificaciones; allí piadosos brahmanes han establecido hospitales con grandes rentas para el cuidado y alivio de los perros enfermos; allí sería una blasfemia el refran castellano, tan inocente en nuestro pais: *para una vez que maté un perro...* porque matar un perro sería un delito que solo podria cometer un hombre desalmado, un chandala, un perdido, un pária.

Pero desechemos las lúgubres reflexiones que nos sugiere la comparacion de nuestra Europa con la India bajo el aspecto canino, y digamos algo de los sucesos de la semana.

Han llegado con la vuelta del calor nubes de vences, que todas las tardes antes del crepúsculo nos aturden con su constante pío pío; y tanto puede la imitacion, que muchos hombres y muchos periódicos repiten el pío pío en todos los tonos, en vista que el rey de Portugal tratando de casarse ha ido á ofrecer su mano á la princesa Pía. Los españoles esclaman: ¡pío pío!: los portugueses ¡pía pía! No están sin duda lejos de entenderse, porque la diferencia no consiste sino en tomar una vocal por otra; pero entre tanto se ha armado un guirigay espantoso. Hay quien propone que formemos un ejército de observacion en la frontera portuguesa para obligar á nuestros vecinos á *masculinizar* su gritería. Y á la verdad, que si bien se mira, las consecuencias del cambio de un final por otro pueden ser mas graves de lo que á primera vista parece: testigo el ejemplo que refiere el capitán Gulliver en su viaje al poderoso imperio de Lilliput, que se vió envuelto en una espantosa guerra civil por resultado de las cuestiones suscitadas en la corte, y que trascendieron á las provincias, sobre si deberian romperse por la punta ó por el extremo mas grueso, los huevos pasados por agua. El emperador mandó bajo penas severas que se rompiesen por la punta, y veinte mil *gruesi-estremitas* prefirieron la muerte á la ignominia de someterse á tan dura ley.

El general Pinzon ha debido salir de Madrid uno de estos dias para tomar el mando de la escuadra que va al Pacífico, y que lleva á su bordo varios sabios para hacer en aquellas costas las observaciones científicas que les dicte su saber. Ahora á nosotros se nos ocurre una duda. El Pacífico, como es sabido, tiene una estension inmensa: y no solo comprende las costas de la América, sino una parte de las muchísimas islas de la

Oceania, donde están las islas de la Sociedad, las de Samoa, Tonga, Viti, las de los Amigos y de la Lealtad, Sidney, Sandwich, etc., etc. ¿Va la escuadra á recorrer estas islas, descubiertas unas por el marino español Juan Fernandez y otras por el capitán Cook, tan célebre en los fastos de los descubrimientos? Haría un gran beneficio á la humanidad y á la ciencia, pues todavía á pesar de las buenas y concienzudas relaciones de los viajeros ingleses modernos, queda mucho que adelantar para el conocimiento completo de ese nuevo mundo: pero hay que advertir que no hace todavía diez años los habitantes de gran número de ellas eran unos antropófagos tan glotones, que no era posible internarse en su pais, ni aun tomar puerto sin una fuerza respetable, sopena de esponerse al peligro de ser muerto, asado y comido en menos tiempo del que hemos tardado en decirlo. No tenemos noticia de que en estos diez años haya variado mucho el estado de civilizacion de aquellos salvajes, cuyo canibalismo depende en gran parte de las ideas religiosas, que atribuyen á sus dioses una aficion particular á la carne humana. Ahora bien ¿quién dice que nuestros sabios no pueden verse espuestos al peligro que hemos señalado? ¿Y quién va á esplicar á los salvajes de Samoa ó de Vanua-Levu ó de Nateva por ejemplo, la diferencia que hay entre el saber y el sabor? ¡Ojo alerta sabios y naturalistas españoles si vais á las islas del Pacífico! Si la expedicion se reduce á costear la América meridional, no bajando mas allá del Brasil, entonces no hay ese peligro; pero en cambio esos paises están tan explorados, que dudamos se pueda decir sobre ellos nada nuevo. De todas maneras, deseamos buen éxito á los expedicionarios y que vuelvan sanos, salvos, llenos de gloria y de conocimientos para que quedándose con la primera, se sirvan comunicarnos los últimos. Un mundo entero está por civilizar, sin contar las partes de los tres grandes continentes de Asia, Africa y América que se hallan aun en estado salvaje; y celebraremos que la bandera española vuelva de nuevo á contribuir á la obra comun de la civilizacion.

En las playas de Setubal en Portugal y en las de Llausá en Cataluña han aparecido simultáneamente dos ballenas muertas, de un tamaño tal, que tenian cada ojo como un cedazo de cerner harina, y una estension desde la cabeza á la cola de mas de setenta pies. Heridas sin duda en mares distantes, han querido venir á morir á la Península ibérica y repartir sus beneficios entre portugueses y españoles, de la misma manera que un padre deja su herencia por mitad á sus amados hi-

jos. Estas ballenas han querido dar á entender sin duda con un acto semejante de su última voluntad que españoles y portugueses somos hermanos, que entre nosotros no debe haber diferencias ni distinciones, y que lo bueno de cada uno debe ser de los dos, y lo malo no debe ser de ninguno. En su consecuencia y siguiendo las lecciones de ambos cetáceos (donde se verá que hay cetáceos que pueden dar lecciones) no dudamos en declarar que sin dejar de ser portugués es también español el señor Augusto Ferreira, gran músico que ha dado pruebas estos días en el circo de Price de una rara habilidad. El señor Ferreira ha recibido de la naturaleza el don de imitar con su voz los acentos de la flauta convirtiendo su boca en un verdadero instrumento músico. Perfeccionadas estas disposiciones naturales con el arte, no hay que decir la admiración que producían en los oyentes y espectadores.

La Academia de la historia ha anunciado concursos sobre los temas siguientes.

1.º Para 1862.—«Juicio crítico de don Alvaro de Luna: su significación en la historia política de Castilla.» Se concede de plazo para la admisión de Memorias hasta 31 de enero de 1863. Se hará la declaración del premio en abril del mismo año. El premio consistirá en medalla de plata, 4,000 rs. en dinero y 300 ejemplares de la obra que fuere premiada. Se reserva la Academia declarar el *accesit*, si considera haber lugar á ello. Este consistirá en la declaración y en la impresión de la obra, de la cual se entregarán igualmente al autor 300 ejemplares.

2.º Para 1864.—«Estado social y político de los mudéjares de Castilla, considerados en sí mismos y respecto de la civilización española.» Se admitirán las obras que se presenten sobre este asunto hasta 30 de noviembre de 1863. Se hará la declaración del premio en abril de 1864.

3.º Para 1866.—«Historia de los mozárabes de España, deducida de los mejores y mas auténticos testimonios de los escritores árabes y cristianos.» Se concede de plazo para la admisión de Memorias hasta 31 de diciembre de 1865. Se hará la declaración del premio en abril de 1866. Los premios que se han de conceder á los autores de las obras que lo merecieron á juicio de la academia, consistirán: el del primer asunto en medalla de plata, 8,000 rs. y 300 ejemplares de la obra que fuere premiada; y el del segundo en igual medalla y número de ejemplares y 12,000 rs. en metálico. Se reserva la academia declarar el *accesit* en cualquiera de los dos asuntos, si considera haber lugar á ello. Este consistirá en la declaración y en la impresión de la obra, de la cual se entregarán igualmente al autor 300 ejemplares. La elección de los temas nos parece acertada, y si se desempeña bien, la historia de nuestra patria habrá dado un gran paso.

El jueves entusiasmó la trágica Santoni al público madrileño con una representación en la Zarzuela, de un nuevo drama de Giacometti titulado *Lucrecia Maria Dawson*. La eminente actriz salió colmada de aplausos merecidos: la deseamos buena suerte en la escursión que piense hacer por nuestras provincias.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA CÁRCEL DE MIGUEL DE CERVANTES

EN ARGAMASILLA DE ALBA.

«De ocupado lector: sin juramento no podrias creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de la naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendrará en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y dónde todo triste ruido hace su habitación?»

Así principia el prólogo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Pero oigamos cómo inicia el mismo Cervantes la vida y aventuras del célebre hidalgo manchego en el primero de sus capítulos:—«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...» Es decir, que las simpatías del famoso manco de Lepanto eran tan pocas para el lugar, patria de don Quijote, como engendrado en una cárcel, que ni tan siquiera quería legar á la posteridad el nombre del pueblo en donde estuvo preso el mismo Cervantes y en donde por vez primera se le ocurrió el peregrino y fecundo pensamiento que encierra su gran libro. La conclusión de *El ingenioso hidalgo* es otro testimonio de que en efecto no quería Cervantes acordarse de la población donde concibió su *Don Quijote*, concebido en una mala cárcel, como se lee en el prólogo de la misma fábula, pues dice con espesas palabras que no quiere poner el nombre del lugar puntualmente, «por dejar

que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijarsele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.»

Otras muchas indicaciones concurren en diversas partes del muy celebrado libro de Cervantes para que con todo fundamento pueda suponerse que el malhadado lugar, con el cual tenía enojos Miguel de Cervantes, no era sino Argamasilla de Alba. La primera salida de don Quijote fue caminando por el campo de Montiel, hácia el puerto Ládice.» Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba).» La aventura de los molinos de viento, cuyo sitio señala el *Itinerario* de la real Academia Española cerca de Villarta, sucedió á muy poco de su salida, pues con efecto aunque, como dice Pellicer, la Argamasilla es del priorato de San Juan, está en los confines del campo de Montiel, por donde se puede caminar luego que se sale de ella. Añade Cervantes que *por ser la hora de la mañana herian (á don Quijote) á soslayo los rayos del sol*. Así es; pues por estar Villarta entre Poniente y Norte de la Argamasilla, y la Argamasilla entre Poniente y Mediodía, al que salga de ella por la mañana, hácia el puerto Ládice, *le herirán á soslayo los rayos del sol*. Si esta fue la verdadera patria de don Quijote, quiso Cervantes deslumbrar al lector, diciendo unas veces que estaba cerca del Toboso, y otras lejos, en cumplimiento de su propósito de no declararla.

Presunción mas fuerte de que Argamasilla de Alba fue la patria de don Quijote es la indicación que hace el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, afirmando absolutamente en la segunda parte del libro que escribió con el título de *Don Quijote*. Pretendese asimismo que este lo significase por medio de los versos que se leen al fin de la *Parte primera* en nombre de los académicos de Argamasilla, donde caracteriza el genio de algunos vecinos de ella con los epítetos del *monicongo*, del *caprichoso*, del *burlador*, del *cachidiablo*, del *tiquitoc*, con alusión, sin duda, á los apodos que suelen usarse en los pueblos de corta estension. El mismo Avellaneda, coetáneo de Cervantes dedicó su obra al alcalde, regidores é hidalgos de este lugar; pero finalmente, no deja género de duda de que en Argamasilla fue donde estuvo preso el bueno de Cervantes la carta que el mismo Cervantes escribió en la cárcel de Argamasilla, solicitando de su tío don Juan Bernabé de Saavedra vecino de Alcázar de San Juan, le socorriese en su triste y deplorable situación, diciendo entre otras cosas que: *Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna*. Este precioso dato puede comprobarse en las ilustraciones y documentos de la *Vida de Miguel de Cervantes*, escrita é ilustrada por don Martin Fernandez de Navarrete.

Pero ¿por qué no quiso acordarse Cervantes del lugar de Argamasilla de Alba, ni tan siquiera nombrarle cuando en su cárcel se engendrará su ingenioso libro? Véase lo que dice acerca de este punto don Joaquin Bastús en sus *Nuevas anotaciones* al *Quijote*. «Cervantes no quiso acordarse ni nombrar dicho lugar, ó por moderación, ó mas bien por enojo que le tenia y para vengarse del mal trato que en él le dieron estando desempeñando una comision. Se cree que esta fue una ejecucion contra los deudores morosos de los diezmos pertenecientes á la dignidad del gran prior de San Juan. No solo consiguieron estos, como solian hacer con otros, que la justicia dejase de auxiliar al comisionado, sino que se negase al cumplimiento de aquella disposicion, y se escediese hasta poner á aquel en la cárcel. Estando en ella fue cuando Cervantes concibió su don Quijote, como se lee en el prólogo de la misma fábula, en la cual se desquitó, como dice el señor Rios, del mal hospedaje de los manchegos, haciendo inmortal su nombre, y fijando para siempre su memoria en la de la posteridad.» Añádase á estos datos la tradicion verbal é invariable de los vecinos de Argamasilla, que testifican de padres á hijos que en la casa llamada de Medrano, estaba la cárcel en que permaneció Miguel de Cervantes cinco años, y se conocerán los precedentes todos de la idea que ha motivado la reciente restauración de un edificio verdaderamente interesante por el recuerdo histórico que encierra.

Para nuestros tiempos debia quedar la iniciativa de conservar la casa en donde Miguel de Cervantes Saavedra concibió y acaso escribió gran parte de su inimitable obra. Como saben nuestros lectores, al señor gobernador civil de Ciudad Real, el ilustrado don Enrique de Cisneros, se debe el ahinco mostrado para su adquisicion, lográndose así la conservación de semejante recuerdo; al infante don Sebastian de Borbon, se debe la idea de su restauración y adorno con un grandioso cuadro que colocado en el interior de la ha-

bitacion demuestre á los curiosos que allí vivió y escribió Cervantes; y en fin, al muy conocido impresor Rivadeneira se debe la de publicar en el lugar de Argamasilla una edicion del *Quijote*, coadyuvando así todos la obra de agradecimiento que la España debe á su primer prosista, ya que los contemporáneos de Cervantes dejaron que este mendigara su sustento y habitara en las cárceles donde toda incomodidad tiene su asiento.

Nosotros, por nuestra parte, al propio tiempo que aplaudimos el pensamiento del infante don Sebastian y el celo del señor Cisneros, nos apresuramos á dar á conocer á nuestros lectores, en los adjuntos grabados, la vista, plano y distribución interior de la célebre casa de Argamasilla de Alba, en donde *luengos días y menguadas noches* fatigaron al inmortal Cervantes.

DESCRIPCION DE TRIPOLI.

Trípoli se halla situada á unas siete millas inglesas del cabo Tajura en una lengua de tierra á la que está unido un arrecife que se va perdiendo poco á poco debajo del agua y que protege algo el puerto por el lado del mar: una parte de este arrecife se halla provisto de fortificaciones, en las que se encuentran unas 50 piezas gruesas de artillería. La ciudad forma un pentágono irregular cuya base ó lado mas ancho mira al mar, y se halla rodeada de murallas y fosos, viéndose á Levante ó sea en frente de las fortificaciones por la parte del mar, la ciudadela ó castillo del bajá.

Calles bastante irregulares dividen la ciudad en varios cuadrángulos de tamaño desigual, y apenas hay ninguna plaza pública, á no ser que se quiera hacer pasar por tales á dos ó tres continuaciones de calles de seis á ocho pies de ancho. El material poco sólido de las casas, que se compone de pequeñas piedras irregulares mezcladas con argamasa ó bien solo de barro, hace necesario proteger las paredes por medio de arcos tendidos sobre las calles, lo que da á estas últimas el aspecto de galerías. En cuanto á alumbrado y alcantarillado no existe, dependiendo la limpieza pública de la buena voluntad de los habitantes; así que aun los mejores sitios de la ciudad se hallan bastante descuidados y en un estado horrible los barrios mas apartados.

Las casas como en casi todos los puntos del Oriente, tienen una sola puerta y pocas ventanas á la calle, pero en cambio tienen muchos patios, la mayor parte rodeados de galerías que en las casas de las clases acomodadas se hallan enlosadas con baldosas de colores con un gran espacio en medio lleno de hermosas plantas. Como los alrededores planos y escasos de agua, no permiten tener ninguna de esas fuentes tan agradables en un clima cálido, por eso en cada casa hay varias cisternas en las que se recoge el agua llovediza que cae de las azoteas; también el país es pobre en maderas de construcción, así que ofreciendo por lo general poca resistencia los troncos de palmera que se emplean para las cubiertas, suelen ser los cuartos muy pequeños. Las mezquitas se hallan en su mayor parte cubiertas de bóvedas sostenidas por muchas columnas y construidas de una manera muy sencilla, pues que la armadura de tablas de la bóveda está cubierta de una ligera capa de toba, sobre la que dan la argamasa, que una vez afirmado forma en tiempo de sequía una masa bastante sólida, pero que durante las continuadas lluvias del invierno se suele reblandecer, viéndose por esta razon algunas casas medio en ruinas, que sus indolentes habitantes rara vez piensan en reparar, hasta que las ven desplomarse sobre sus cabezas. Las fortificaciones parecen haberse construido de una manera mas consistente, pero como no han debido tener el menor cuidado para su conservación, ofrecen también un aspecto triste y ruinoso.

El gobierno de Trípoli está ahora en manos de un bajá turco que «administra justicia» en el castillo, y se halla sostenido por unos 5,000 soldados; estos parecen bien alimentados, medianamente armados, pero mal vestidos; sin embargo, el bajá y sus empleados saben arreglárselas tan bien, que dentro de algunos años se hallarán en estado de retirarse á sus nidos bien provistos. Al ver á los pobres árabes medio desnudos, cuyas necesidades de la vida se reducen en lo general á unos pocos dátiles, algo de harina y manteca, un poco de café y de tabaco, y solo raras veces algun cordero asado, y cuyos bienes consisten á lo mas en algunos camellos, una ó dos vacas, y un pequeño rebaño de cabras ú ovejas, apenas se puede creer que haya de sacarse algo de esta gente.

La vida en Trípoli es muy uniforme, limitándose por esta razon el número de los europeos residente aquí solamente á los cónsules de varias naciones, á algunos comerciantes procedentes de Malta, de Italia ó del Sur de la Francia y en todo caso á algunos oficiales ó médicos extranjeros al servicio de los turcos. Como en los trópicos son muy agradables las mañanas y las tardes, se levantan aquí al oír el primer canto del muezin invitando á la oración y despues de tomar una taza de café, aprovechan el fresco de la mañana para bañarse en el mar, dar un paseo á caballo por la orilla ó ir á sus negocios: á las nueve ó las diez se hace ya muy

sensible el calor por lo que vuelven á casa, se toma un almuerzo fuerte y se dedican á sus ocupaciones en casa ó se echan á dormir la siesta, y á las 4 ó las 5 de la tarde en que se puede volver á salir se concluyen los negocios del día, terminando por lo regular con un paseo á caballo por los jardines y los grupos de palmeras situados al Este de la ciudad. Una hora despues de la puesta del sol se cierra la puerta de la parte de tierra próxima al castillo, por lo cual todo el mundo se apresura á volver á la ciudad; á las ocho es la comida principal del día que muchas veces se termina á las diez y luego, particularmente en las claras noches de verano, se acaba de pasar el tiempo en las azoteas hasta la hora de acostar, gozando de la fresca brisa y de la vista que ofrecen la ciudad, el campo y el mar. Al escuchar el prolongado y melodioso canto del muecin bajo aquel cielo tan azul sembrado de estrellas y con su rojiza luna frecuentemente reflejada en las olas que levemente murmuran, se puede entonces olvidar alguna vez por el momento que se encuentra uno en medio de un pueblo pobre, ignorante y oprimido, cuyo estado parece mas bien empeorarse que mejorarse y que sin duda camina á su perdición.

Trípoli tiene solo dos puertas, una en las cercanías del castillo del Bajá por la parte de tierra y otra que conduce al puerto y las dos se cierran al ponerse el sol, volviendo á abrirse al amanecer. Todas las mercancías y productos tienen que pagar un derecho de 3 por 100 á su entrada y otro tanto á su salida en la casa de aduana que está situada á la derecha de la puerta de la marina, á la izquierda de la cual se encuentra la oficina del capitán del puerto y del director de Sanidad, en tanto que á la entrada á la derecha se ve un café que sirve de sitio de recreo y de bolsa en donde se terminan los negocios y se cuentan las noticias del día si las hay. Tambien se ve dentro del muro de la ciudad un arco de triunfo romano del tiempo de Marco Aurelio y construido de mármol blanco; pero las figuras que le adornaban y toda la parte superior ha sido quemada por los árabes para hacer cal y tal vez no existiría ya ninguna piedra si un especulador maltés no hubiera hallado que esta bóveda de piedra con los costados tapiados era un excelente depósito de mercancías por lo cual compró aquellas ruinas al bajá é hizo una bodega que aun ahora se conserva. Asi pues la presunción de que Trípoli de un extremo á otro ha sido construida en el sitio mismo de una ciudad romana tiene todos los visos de probabilidad porque desde hace muchos años no han dejado de hallarse en diferentes puntos las mas importantes huellas de la antigua construcción romana.

LOS SITIOS REALES,

LOS JARDINES DE ARANJUEZ.

(CONCLUSION.)

El jardín del Príncipe bien puede decirse que se divide en otros tres llamados de la Primavera, anglo-chino y del laberinto. El primero que comienza en la derecha de la puerta de los pabellones, siguiendo paralelo á la calle de la Reina hasta la de Apolo, se subdivide en otros tres destinados al cultivo de frutales, de flores y de cuadros con semilleros de árboles exóticos. En otro tiempo existían en él diversas fuentes y burladores de aguas, llamándose uno de sus jardines de los negros, por un reloj en que doce negros de bronce tocaban diversos instrumentos. El jardín anglo-chino, oblongo y de calles tortuosas, cuyos árboles cierran enteramente el paso al sol y casi á la luz, está embellecido por numerosos cedros y sauces de Babilonia, mirtos y laureles, áceres y flores de amor y arbustos de flor. A su lado se levanta un bosque de álamos negros, llamado por los concurrentes la catedral de Córdoba á causa del efecto que producen sus muchos troncos. Otro jardín se encuentra al extremo de una calle de chopos de Lombardia, en donde tantas son las calles tortuosas, tantos los bosquecillos y plazuelas que se goza en él de las mas vivas y campestres emociones. En una plazuela circular de plátanos de Oriente estaba en otro tiempo la célebre fuente de Narciso que hoy se encuentra contigua y describe así uno de los mas inteligentes historiadores del Real Sitio. «Son de mérito por su idea, por su labor y por su buena distribución, las fuentes mayores de este jardín, á imitación de las incomparables de la Granja, y obra del hijo del autor de aquellas. Sobre una gran taza, que sostienen cuatro corpulentos gigantes, se ve á Narciso enamorándose de sí mismo, retratado en las aguas á sus pies, con el carcaj y el arco. Todas las figuras son excelentes, en particular la del semi-dios, de bellísima é incomparable expresión. Inspirado estuvo el artista al crear el malogrado jóven de Thespies! Véase contemplar su hermosura en el agua que tiene á sus pies, y aquel ademán de sorpresa, aquella inclinación adelante, aquel rostro en que toda la vida parece asomada á los ojos, aquellos lindísimos brazos en tan excelente posición, todo es elocuente y sublime, todo contribuye al intento que el autor de la obra se propuso, todo, hasta el perro, inmóvil por no distraer á su absorto amo, revela el embele-

so y el asombro de que está poseído Narciso al ver su hermosa imagen. Un pavo real, simbolo de la vanidad, flores, narcisos, ranas, y cabezas de cocodrilo, hacen mas y mas linda esta fuente, y los jarrones dentro del gran pilon, cuyas asas marcan con su cuello dos cisnes. La reforma de esta fuente cuando fue trasladada es hija del arquitecto Velazquez. Muchos son y vistosísimos los juegos de sus aguas, arrojándola algunos, si se les da toda, fuera del pilon, sacando de su éxtasis á los espectadores que imitan á Narciso en la contemplación del líquido cristalino.»

Las fuentes son todas bellas y se hallan colocadas en sitios generalmente pintorescos. La de Ceres es un estanque oblongo en el cual se ostentan tres grupos, de los cuales el del centro representa á Ceres, diosa de la agricultura, sentada, con un haz de espigas á su lado, de nueve surtidores en forma de abanico, y dos niños sosteniendo la miés, y el cuerno de la abundancia, rodeado todo de grandes canastos de flores sostenidos por niños. La fuente de Apolo es de las mas principales. En medio de un templete de gusto griego está el dios de la poesía y de la música, sentado sobre un peñasco con gracia y magestad respirando al mismo tiempo amor, altivez, inspiración y belleza. Al extremo de las calles llamadas de Apolo y de la Princesa está el estanque y pabellones griego y chinos. Alimenta el lago el agua que sale de una gruta artificial en una pequeña isla agrestemente construida.

En un peñasco inmediato se levanta un obelisco de granito, cuyo color asemeja al oriental avellana, figurando una aguja egipcia, sosteniéndolo todo cuatro bolas de bronce, encima de un basamento de piedra de igual materia. A flor de agua aparece un puentecito como el del estanque del Buen Retiro, dando paso al bellissimo pabellon chinosco, guarnecido de yerba y flores, de forma ochavada, con cuatro puertas é igual número de ventanas en sus paramentos. El conjunto consta de dos cuerpos, y remata en una aguja con cinco cofas en disminución, adornadas anteriormente de colgantes y graciosos festones, y una bola que pasa la aguja. Los paramentos son de grecas chinoscas caladas de diferentes dibujos, de modo que de fuera se goza lo interior y ya no suenan, porque no existen las campanillas que colgaban de todas las grecas. El pavimento es de jaspe, con una meseta en medio, y el terreno que circunda este cenador está empedrado y cercado de antepecho bajo, de madera labrada, y pintada de blanco, verde y encarnado.

Un templete griego, formado por diez columnas de mármol oscuro, italiano, con vetas blancas, teniendo de mármol blanco y orden jónico los capiteles y las basas, y de piedra del país los arquivadas y pedestales constituye al lado opuesto del pabellon descrito una elegante rotonda, cuya cúpula se halla interiormente pintada al óleo. En los intercolumnios habia en otro tiempo ocho estatuas de mármol, representando ídolos egipcios, de que nos despojaron los franceses en su memorable invasión del año 1808. De otras muchas joyas dejaron exhaustos los jardines de Aranjuez, pero creemos fuera de propósito lamentar aquí la rapina del extranjero; por lo cual solo diremos que la descripción completa y detallada de los jardines de Aranjuez seria interminable. La montaña suiza, las islas americana y asiática, llenas de vegetales de ambos hemisferios y de árboles de asombrosa altura, cuyo número es casi fabuloso; el jardín del laberinto embalsamando de continuo el ambiente con sus abundantes flores, el laberinto mismo, los bosques, los prados artificiales con sus colores variadísimos, la frondosidad general y la abundancia, en flores, en frutas, y hasta en aves peregrinas, ofrecerian vasto campo para lucirse una pluma poética.

Pero á los jardines indicados, á otros jardines y huertas, plantíos y labores del Sitio, puntos de recreo y posesiones rurales, á la indicación de las producciones que el mismo sitio ofrecia y ofrece en la actualidad, á las grandes plantaciones y praderas que mandaban formar los reyes, á la cria de caballos, toros bravos y camellos, debemos preferir la indicación de lo que puede llamarse la perla de Aranjuez, á saber: la Casa del Labrador. Ningun viajero debe abandonar el recinto de Aranjuez sin visitar la elegante á la par que modesta construcción de Carlos III. Su exterior nada tiene de particular, pero en su interior brillan con regia pompa las maravillas y prodigios del ingenio y del arte dulcemente reunidos. Preciosos cuadros, frescos maravillosos, pavimentos de mosaico, paredes de raso bordado de oro y sedas, colgaduras del mayor mérito, relojes, jarrones, floreros, arañas, candelabros del mejor gusto, grupos de china de biscuit, embutidos, mesas de mármol, bustos y muebles riquísimos, se encuentran todo agrupado en un recinto tan reducido como bien adornado y distribuido. «Satisfecho el viajero de haber visto tantos y tan preciosos objetos donde el arte, el gusto, y la riqueza han competido á porfía, dice uno de los autores á quien hemos citado anteriormente, todavía volverá á examinarlos si se detiene algun tiempo en el Sitio. Se recorren con tanta ligereza, enseñados por uno solo á pocas de tantas personas como acuden, y aguardan la salida de una tanda, que solo se adquiere en la primera visita una idea confusa de tantas preciosidades, recordando las menos. Última que realcen otros palacios muchas de las que eran

gala de este, lástima tambien que no se cuiden mejor y se reparen algunas y que otras no se reformen. Antes de la invasión de los franceses, no habria otra joya que compitiera con esta.»

BIOGRAFIA DE GUILLERMO PITT,

CONDE DE CHATHAM, Y LUEGO LORD CHATHAM.

No hay país de Europa que pueda presentar una galería de hombres de Estado tan notables como la Gran Bretaña, y por eso no existe tampoco ninguno que haya alcanzado el grado de verdadera grandeza y prosperidad en que ella se encuentra. No ha habido época, por grave que haya sido, en que no haya visto el pueblo inglés aparecer uno de esos hombres, para sacarlo, no solo incólume, sino mas poderoso que antes. Parece como que la Providencia ha querido con ello premiar solemnemente la virtud principal que debe tener todo pueblo: el patriotismo; pues ninguno lo posee tan grande, tan alto como el inglés, ni tampoco ha habido ni hay otro alguno en que los hombres que rigen sus destinos hayan sido ni sean mas esclavos de esa virtud. El poderío, la prosperidad de Inglaterra: hé aquí el lema origen de tantos hechos grandes, de tanta perseverancia como registran las crónicas de los hombres de Estado ingleses Hé ahí la causa de la supremacía británica durante tantos años: supremacía que aparece mas robusta en los mismos momentos en que se la cree nula. Es que nada robustece tanto el vigor de un pueblo como el aura del verdadero patriotismo. Por eso, cuando las naciones del continente se devoran á sí mismas, por efecto de interminables luchas de partido, á cuyo interés á menudo sacrifican el comun, el verdadero de la patria, la inglesa camina impasible y rápidamente por la senda de la civilización, aprovechándose de los errores y desvarios de las continentales, para hacerlas verdaderas esclavas de su industria y de su comercio, estendiendo así la esfera de su propio bienestar.

El siglo último es en el que se puso á prueba la capacidad de los hombres de gobierno de Inglaterra, y entre estos descollaron, grandes é ilustres, dos individuos de un mismo nombre, de una misma familia, padre é hijo, ó sea lord Chatham, y Guillermo Pitt. Del primero de ellos es del que vamos á ocuparnos, poniendo en castellano su biografía, tomada de la magnífica obra, que con el título de *The Imperial Dictionary of Universal Biography*, está saliendo á luz en Inglaterra.

«Guillermo Pitt, conde de Chatham, nació el 13 de noviembre de 1708. Su padre, Roberto Pitt, natural de un pueblo del condado de Cornwall, llamado Beconock, habia sido gobernador de Madras, y su madre era hija del conde de Grandison (1). Eton, y luego Oxford, fueron los puntos en que recibió su educación; viéndose obligado, en cuanto salió de la universidad, á viajar por Francia é Italia en busca de alivio para la gota, de cuya dolencia se vió invadido desde su juventud, y que con frecuencia durante su vida le hizo padecer terriblemente. A su regreso del continente consiguió ser nombrado porta-estandarte del regimiento de los Azules (Blues), cuyo puesto perdió luego á consecuencia de la oposición que hizo al gabinete de sir Roberto Walpole en la cámara de los Comunes, en la cual habia tomado asiento á los 27 años de edad. Pero no obstante esta destitución, fue elegido para ayuda de cámara de Federico, príncipe de Gales, y continuó atacando sin descanso al ministerio. No tardó su genio dominante en grangearle gran autoridad parlamentaria. Era el orador de los oradores en una época en que las agitadas pasiones del país no se desfogaban bien por medio de la prensa y se reconcentraban en determinado número de individuos; siendo, por lo tanto, la cámara de los Comunes frecuente teatro de aquellas luchas gladiatorias en que predomina y vence la elocuencia. Pitt era actor consumado, tanto por sus dotes naturales, como por su estudiada cultura, uniendo á la perfección de su tono, de su mirada y de sus maneras, la circunstancia de que sus inspiraciones del momento daban vigor y hacían brillar su ingenio artístico. Por esto dice Walpole, «que si bien ningún otro hombre supo mejor que él decir lo que deseaba, tampoco hubo otro que supiese menos que él lo que iba á decir.» De esta manera, mezclando la capacidad mecánica del artista perfecto, con la pasión del orador cuyo corazón late ante la emoción del momento, se hallaba investido de doble poder. Se le considera como el primero de los oradores ingleses cuando trataba y conseguía inspirar miedo á los hombres con su poder, y se conocían con el epíteto de *terroríficas* aquellas declamaciones que brotaban de sus labios y en que se disputaban el dominio de la pasión y el sarcasmo. Al considerar lo exacto, lo oportuno y lo concluyente de los argumentos de sus discursos, diríase que aquellos existían y se movían con vida propia sin perder de vista su objeto, ó mejor di-

(1) El abuelo de Pitt, Mr. Tomás Pitt, fue gobernador de la fortaleza de San Jorge en las Indias Orientales, en el reinado de Ana, y vendió al rey de Francia un brillante de extraordinario tamaño por 155,000 libras esterlinas, que desde entonces es conocido por el «Brillante de Pitt.»

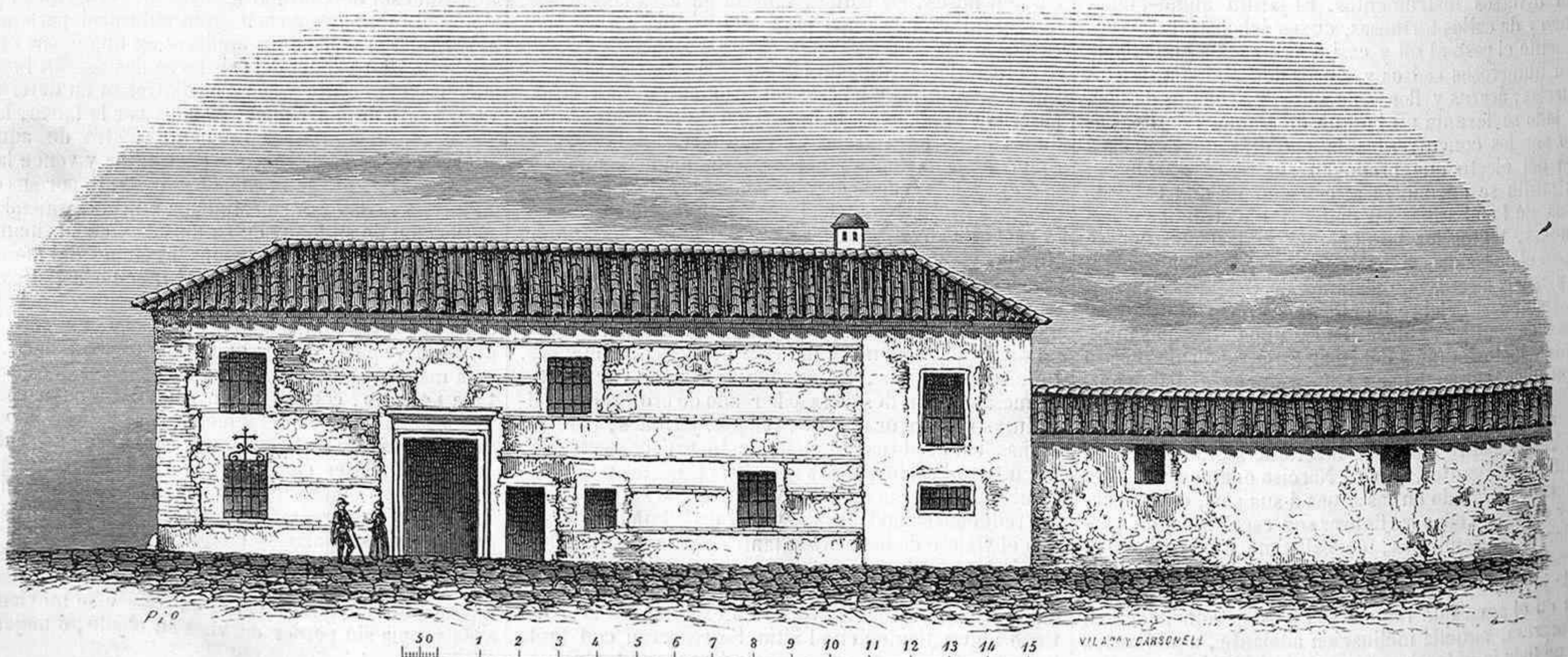


LOS SITIOS REALES.—ARANJUEZ: CALLE DE LA REINA.

cho, al mismo tiempo que á él se dirigia, lanzaba picantes anécdotas y sarcasmos, burlas y alusiones, de tal manera, que lograba desarmar ó arredrar á todos

sus enemigos. Así destruía de antemano todo lo que pudiera decir su adversario, alcanzando la victoria antes que este se levantase á contestarle; por eso nunca

se cuidaba de ser el último en hablar. Dicese, para ponderar el genio de Miguel Angel, «que podía dar dignidad á una joroba en la espalda de un enano;» del



Escala.—Cinco milímetros por metro.

VISTA GEOMETRICA DE LA FACHADA DE LA CASA EN QUE ESTUVO PRESO EL INMORTAL CERVANTES. SEGUN SE CONSERVA EN LA ACTUALIDAD EN ARGAMASILLA DE ALBA, Y EN LA CUAL ESCRIBIÓ LA PRIMERA PARTE DE SU QUIJOTE.

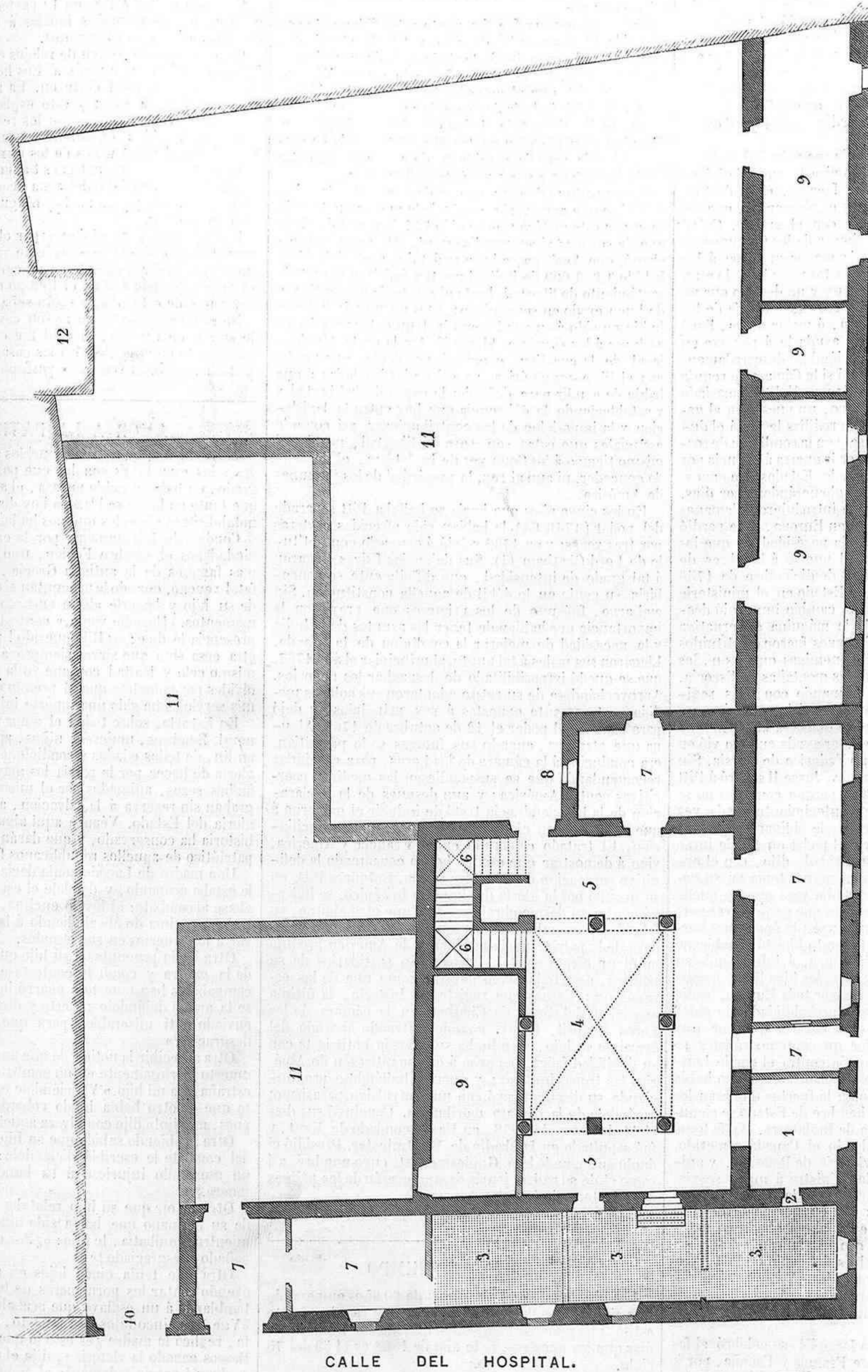
mismo modo puede asegurarse, que como orador, poseja Pitt el singular poder de imprimir cierta magestad á la mirada, á la palabra ó á la circunstancia mas vulgar. No hubiera sido, pues, extraño, con semejantes

condiciones, en una época de corrupcion en que se vendian y compraban, como si se tratase del género mas corriente, los votos del Parlamento, que Pitt, á haberlo deseado, hubiese alcanzado, por grande que

hubiese sido, el que hubiese puesto al suyo. Pero á pesar de tan especiales circunstancias jamás consintió mancharse con el menor cohecho, ni permitió nunca aprovecharse de los emolumentos oficiales de costum-

MEDIANERIA CON DON ANDRES FRIAS

PLANTA BAJA Y SÓTANO DE LA CASA DONDE ESTUVO PRISO EL INMORTAL CERVANTES.
MEDIANERIA CON DON TOMAS MONTALVAN.



- 1 Portal antiguo, entrada principal.
- 2 Ambra del sótano á cuya luz se dice escribía Cervantes.
- 3 Estension del sótano que le sirvió de prision, su altura 2.^{ta} 12.
- 4 Patio primitivo.
- 5 Galerías del mismo.
- 6 Escalera antigua.
- 7 Habitaciones de moderna distribución.
- 8 Ventana en el piso principal.
- 9 Habitaciones antiguas, hoy son pajars.
- 10 Puerta falsa.
- 11 Gran corral, hoy dividido.
- 12 Cocina de otro vecino.

NOTA. La tinta mas oscura, es la construcción antigua y la clara la moderna.

bre. Buscaba el poder, no con fines egoistas, sino con el de ser útil á su querida patria. Amó á Inglaterra, segun dice muy bien Macaulay, «como un ateniense á la ciudad de la corona de violetas; como un romano á la ciudad de las siete colinas:» su política se dirigia á librar á su pais del estado desgraciado á que le habian conducido torpes intrigantes. Como los primeros hombres de Estado modernos, no buscó apoyo esclusivamente en las principales familias de la aristocra-

cia, sino que acudió con frecuencia al pueblo para encontrarlo; así que, sus conciudadanos, como prueba de lo orgullosos que con él estaban y del cariño que le profesaban, tenian una satisfaccion en llamarle el *Gran Comunero*. Bajo ese concepto fue mas significativa la contestacion de Jorge II á Pitt, cuando este le habló para que perdonase al almirante Byng: «Señor, le dijo, la cámara de los Comunes parece inclinada á la clemencia.» «Sir, replicó el rey, me habeis enseñado á bus-

car la opinion de mi pueblo en todas partes menos en la cámara de los Comunes;» y cuando Pitt presentó su dimision, en 1761, usando de un lenguaje rara vez oido en aquella época, dijo, «que el pueblo le habia elegido, y que á él solo era responsable.»
No seria difícil formar una lista de las faltas y defectos de este grande hombre de Estado. A veces la capacidad del actor degeneraba en él en una afectacion que oscurecia sus mejores virtudes, mientras que á menudo

era para sus cólegas, mas que un ministro británico, un sátrapa de Oriente. Los padecimientos de la gota, en él constitucional, hacían que en ocasiones su conducta no estuviese en relación con ningún principio determinado. Sin embargo, si llega á formarse aquella lista, y se comparan sus imperfecciones con sus virtudes, se verá que Guillermo Pitt, conde de Chatham, no deja de ser nunca el *Gran Comunero* que, cuando se hallaba la patria en estado desesperado, la sacó de la debilidad y la hizo grande; quien apeló al pueblo en tiempos en que rara vez se hacían estas apelaciones; quien usó del poder, no para su engrandecimiento personal, sino para la gloria de su país, cuyas manos se conservaron limpias en una época de baja corrupción, el hombre de Estado, por último, que podía persuadir como orador, y el orador que podía mandar y gobernar como hombre de Estado.

Cuando el duque de Newcastle reemplazó á Walpole en el poder, Pitt fue nombrado vice-tesorero de Irlanda, y después pagador de las fuerzas, cuyo destino disfrutaba de grandes y legales emolumentos, que no quiso percibir, contentándose con el sueldo. Cuidó siempre que sus actos en la cámara de los Comunes no revelasen en manera alguna la menor sumisión á las personas, que hallándose en puestos mas altos, le eran inferiores; y sin embargo de ocupar un destino que no era de los primeros del Estado, ridiculizó al jefe de los ministeriales de aquella Cámara, ó mejor dicho, llevó el sarcasmo hasta el punto de ayudarlo á ponerse en ridículo. En una ocasión, y refiriéndose descaradamente al jefe del gobierno, preguntó si la Cámara se reunía solo para registrar los edictos de un súbdito demasiado poderoso; rehusando, por último, un puesto en el gabinete, que poco menos que de rodillas le pidió el duque de Newcastle que aceptase, con la condición de sostener al rey en su deseo de hacer la guerra á Francia por medio de subsidios á Rusia y á los Estados Alemanes. Graves acontecimientos iban aglomerándose por días. Hallábase el país indefenso, y se introdujeron alemanes mercenarios. Estalló la guerra en Europa, y se perdió Menorca. Era, pues, patente la necesidad de que los intrigantes políticos dejasen el puesto á hombres de poder y de patriotismo; y en 4 de diciembre de 1756 obtuvo Pitt el de secretario de Estado en el ministerio del duque de Devonshire. Este cambio imprimió desde luego nuevo vigor á toda la máquina gubernativa del país. Los mercenarios alemanes fueron sustituidos con una milicia nacional. De enemigas que eran, las familias del *Highland* ó sea de las montañas de Escocia, convirtiéronse en amigas, formando con ellas regimientos de línea que pasaron al servicio extranjero; y el nuevo ministro que antes se opusiera al sistema de subsidios, no fue avaro en prestar ayuda cuando vió en la lid un hombre grande como Federico de Prusia. Sin embargo de marcha tan acertada, Jorge II separó á Pitt y á Temple, en abril de 1757, porque con ellos no se consideraba rey; pero los acontecimientos cada vez mas desastrosos para la nación, le obligaron á llamar de nuevo á Pitt, y este volvió al poder en 27 de junio del mismo año. «Tengo la seguridad, dijo, con el orgullo que le inspiraba la confianza que tenía en su capacidad administrativa, que nadie mas que yo puede salvar á mi país.» Los cuatro años que por esta vez permaneció Pitt en el poder constituyen la época mas hermosa de su vida. Hasta cierto punto libertó al gobierno del dominio de corruptas facciones, é infundiendo su mismo espíritu á sus gobernados, les hizo llevar á cabo hechos de arrojo que resonaron por toda Europa. Nadie ignoraba que con él había mas probabilidades de obtener perdón por una empresa temeraria que por una tímida retirada. «Pitt, dice un contemporáneo, se espresó con mucha vehemencia contra el conde Londoun, por haber dicho este al gobierno, que no había atacado á Louisburg en razón á lo fuertes que eran los franceses.» La energía del hombre de Estado se comunicó al ejército y á la marina de Inglaterra. Wolfe tomó por asalto á Quebec, quedando el Canadá sometido. Hawke alcanzó la famosa victoria de Belleisle, y animado del mismo espíritu del ministro á quien servía, respondía al *Master* (Piloto) que le participaba lo peligroso de la navegación: «Ha cumplido usted con su deber al darme cuenta de ello; ahora obedezca usted mis órdenes, y abarlóme con el almirante francés.» Uno de los rasgos mas notables del genio de Pitt, es el modo cómo creaba sus capitanes. Así, por ejemplo, Hawke y Amherst desplegaron unas dotes á su servicio que no hubieran podido nunca revelar mandando el duque de Newcastle.

A poco de ocupar el trono Jorge III, se celebró el famoso pacto de familia entre Francia y España, por lo cual el célebre ministro que nos ocupa dijo, que era preciso declarar inmediatamente la guerra á la segunda de esas potencias; pero vencido por la opinión contraria en el gobierno, se retiró en 1761, declarando con arrogancia «que solo era responsable al pueblo, que era quien le había elegido.» Al retirarse se le confirió á su mujer el título de baronesa Chatham y una pensión. Pocas semanas después de su retirada, estalló la guerra con España; pero Pitt, dando prueba en esta ocasión de su magnanimidad, no quiso aprovecharse de la ventaja que le daba la circunstancia de que su rechazado consejo había llegado á ser la política necesaria

del Estado. Burke hace notar que la conducta seguida por Pitt cuando se abrió el nuevo Parlamento, «reveló lo que era su carácter», pues al justificarse ante él no censuró la de ninguno de sus colegas, ni tampoco dió nase alguno que pudiera creerse hijo de oposición ó disgusto. «El tiempo de guerra» dijo, «no es ocasión oportuna de altercados personales. Inglaterra debe aparecer unida como un solo hombre ante el enemigo común.»

Su futura carrera fue frecuente y terriblemente oscurecida por las agonías de sus constitucionales dolencias, hasta el punto de afectar la lozanía de su poderoso entendimiento. En el proceso formado contra Wilkes, manifestó Pitt, que al conceder la Cámara al gobierno el arresto del jefe de la democracia por libelos publicados en el *North Britain*, había echado por el suelo sus derechos de protección contra el arresto. Toda su correspondencia privada manifiesta de una manera notable la importancia que para él tenía la prensa.

Hizo cuanto pudo para que se derogase el acta sobre el timbre que amenazaba producir la guerra en América, y con este motivo pronunció el 14 de enero de 1766; uno de sus mas vigorosos discursos. «Me complace, exclamó, que América se haya resistido, pues si hubiese habido 3.000.000 de individuos tan indiferentes á todo sentimiento de libertad, hasta el punto de consentir tan de buen grado en ser esclavos, esos mismos individuos hubiesen sido á su vez buenos instrumentos para hacer esclavos á los demás.» Al manifestar la parte técnico-legal de la cuestión, concluyó por decir, que no iba con el libro-pragmática, ya señaladas las hojas á que había de acudir para defender la causa de la libertad, y estableciendo la diferencia que hay entre la legislación y la imposición de las contribuciones, así como lo esenciales que estas son para la libertad, negaba al mismo tiempo á los Comunes de Inglaterra, el derecho de conceder, ni aun al rey, la propiedad de los Comunes de América.

En los cinco años que hacia se hallaba Pitt separado del poder (1761-66) le habían sido ofrecidas carteras por tres veces; y en 1766 volvió á ocuparlo con el título de Lord Chatham (1). Sus dolencias físicas llegaron á tal grado de intensidad, que difícilmente se concebiría su genio en lo débil de aquella constitución. Sin embargo, fué uno de los primeros que previeron la importancia que habían de tener los asuntos de la India y la necesidad de mejorar la condición de la Irlanda. Llegaron sus males á tal punto, al principiar el año 1767, que se quedó imposibilitado de despachar los negocios. Aprovechándose de su retiro adoptaron sus colegas medidas enteramente opuestas á sus principios, y dejó para siempre el poder el 12 de octubre de 1768. Alguna que otra vez, cuando sus fuerzas se lo permitían, era conducido á la cámara de los Lores, para continuar recomendando que se suspendiesen las medidas coercitivas contra América; y aun después de la declaración de la Independencia trató de inducir al gobierno á que aceptase con ciertas condiciones, una reconciliación. El tratado celebrado entre Francia y América, vino á demostrar que era un hecho consumado la definitiva separación de la madre patria. Entonces Pitt, en su orgullo por la gloria del imperio británico, se indignó contra su desmembración. Mas que otro alguno, su felicidad personal se hallaba tan identificada con la grandeza de la patria, que la pérdida de la América produjo en él un efecto mortal. Pocos serán partidarios de su política, pero todos considerarán como una de las escenas mas tiernas que registra la historia, la última aparición del conde de Chatham en la cámara de los Lores (8 abril, 1778), cuando entrando apovado del brazo de su hijo, y en lucha su energía entusiasta con su debilidad física, se opuso á que se retirasen de América las tropas inglesas; y cuando hallándose pronunciando su discurso cayó con un convulsivo parosismo; sacándolo de la cámara moribundo. Concluyó sus días el 14 de mayo de 1778, en Haves condado de Kent, y fué sepultado en la abadía de Westminster. Presidió el duelo su segundo hijo, Guillermo Pitt, cuyo nombre, así como el de su padre, jamás desaparecerán de las páginas de la historia de Inglaterra.»

MIGUEL LOBO.

DIVISION DEL TIEMPO.

Los chinos cuentan por ciclos de 60 años empezando tres siglos antes de J. C., época en que se adoptó este estilo. Los años se componen del mismo número de días que los nuestros. Este año de 1862 es el 59 del 75 ciclo.

(1) «Fué en esta ocasión creado Lord, con los títulos de vizconde Pitt de Burton-Pynsent, en el condado de Somerset, (*) y conde de Chatham, en el de Kent.»

«Cualesquiera que fuesen los motivos que tuvo para ello, el haber admitido la senaduría le perjudicó mucho en la opinión, perdiendo en popularidad lo que ganó en dignidad nominal. El «Gran Comunero, como solía llamarsele, se había formado él mismo una posición que tenía por base sus talentos y sus esfuerzos, y que los honores titulares podían oscurecer pero no ilustrar. (Enciclopedia Británica, 8.ª edición, tomo XVII, página 722.)

(*) Entusiasmado Sir William Pynsent de Burton-Pynsent de sus cualidades como hombre público, le legó al morir una posesión considerable en el condado de Somerset, desheredando para ello á sus mismos parientes.

También computan el tiempo por reinados: de modo que se escribe que tal ó cual suceso tuvo lugar el tercer día de la segunda luna del año 27 de Kien-lung. De modo, que habiendo empezado á reinar este emperador el año 1736 de J. C., será para nosotros, por ejemplo, el 3 de marzo de 1763. Este modo de contar el tiempo ha sido practicado en otros países y aun en Francia.

Cada día está dividido en 12 partes y cada una de ellas en 8 mas pequeñas iguales á uno de nuestros cuartos de hora de 15 minutos.

Generalmente se sirven de relojes europeos. Sus relojeros los fabrican de madera. Los hombres llevan los relojes suspendido del cinturón. La moda es de llevar dos, uno á cada lado; y esto explica el por qué en aquel país se venden siempre los relojes por pares.

Tienen también cuadrantes solares. Parece que aprendieron á construirlos de los misioneros europeos. Desde tiempos muy antiguos tienen relojes que marcan las horas por medio del agua, como nosotros tenemos los de arena; pero no hay ninguna semejanza entre unos y otros.

El modo mas general de marcar el tiempo las horas consiste en quemar una especie de varitas de incienso, puesta perpendicularmente en un cardelero. El pedazo de vara quemada indica el tiempo que se ha pasado. Hay varas de estas donde están señaladas las horas.

No se crea que estas varas son caras. Se componen de serrín de madera, al cual mezclan algunas veces excremento de animales. En las casas mas acomodadas las tienen algunas veces con perfumes.

AMOR A LA PATRIA.

Indudablemente, entre los pueblos antiguos, los griegos y los espartanos son los que poseían en mas alto grado, en toda su noble pureza, el amor á la patria de que tanto en balde se blasona hoy día. Véanse algunos notabilísimos ejemplos que nos ha legado la historia.

Condenado injustamente por la envidia de sus conciudadanos el célebre Focion, uno de los personajes mas famosos de la antigua Grecia, iba ya á beber el fatal veneno, cuando le preguntan si deseaba despedirse de su hijo y hacerle algun encargo en tan supremos momentos. «Hacedle venir,» contesta, y al llegar á su presencia le dice: «¡Hijo querido! ¡No te recomiendo otra cosa sino que sirvas siempre á tu patria con el mismo celo y lealtad con que yo la he servido, y que olvides por completo que el premio con que ha pagado mis servicios ha sido una muerte injusta!»

En Esparta, sobre todo, el amor á la patria era general. Hombres, mujeres, niños, ancianos, personas, en fin, de todas edades y condiciones se disputaban la gloria de hacer por la patria los mayores sacrificios; y ambos sexos, animados por el mismo celo, se consagraban sin reserva á la salvación, al bienestar y á la gloria del Estado. Véanse aquí algunos rasgos que la historia ha conservado, y que darán á conocer el genio patriótico de aquellos republicanos famosos.

Una madre de Lacedemonia decía á su hijo mientras le estaba armando, y dándole el escudo para que marchase al combate: «Llévalo encima, hijo mío, ó que te traigan encima de él» aludiendo á la costumbre de llevar á los muertos en sus escudos.

Otra hacia preguntas á su hijo que acababa de llegar de la guerra y como le contestase este. «Todos mis compañeros han muerto,» agarró indignada una teja y se la arrojó dejándole muerto y diciéndole: «¿te han enviado á tí miserable, para que nos anuncies sus desgracias?»

Otra al recibir la noticia de que uno de sus hijos había muerto gloriosamente en un combate exclamó: «No me estraña, era mi hijo.» Y diciéndole en el mismo momento que el otro había huido cobardemente: «¡No era, pues, mi hijo!» dijo con viveza aquella generosa madre.

Otra, habiendo sabido que su hijo se había escapado del combate le escribió diciéndole: «Se ha levantado un murmullo injurioso á tu honor; házlo cesar, ó muere.»

Otra al oír que su hijo relataba la muerte gloriosa de su hermano que había sido muerto traídonamente mientras combatía, le dijo: «¿Por qué no lo has acompañado, desgraciado?»

Otra que tenía cinco hijos en el ejército, estaba oyendo contar los pormenores de la batalla. Preguntó temblando á un esclavo que acababa de llegar de ella. «Vuestros cinco hijos han muerto, contestó:—Vil ilota, replicó la madre ¿es esto lo que yo te pregunto?— Hemos ganado la victoria,» dijo el esclavo; y la madre se dirigió precipitadamente al templo á rendir gracias á los dioses.

Otra, viendo, en el sitio de una ciudad que caía muerto á sus pies su hijo mayor, al cual había colocado ella en el puesto donde se hallaba, exclamó: «Que llamen á su hermano para reemplazarle.»

Cuando llegaron á Lacedemonia los que debían anunciar la pérdida de la famosa batalla de Leuctra, en la ciudad se estaba celebrando una gran fiesta. Habían acudido á ella infinidad de extranjeros, atraídos por la curiosidad. Los coros de jóvenes de ambos sexos celebraban sus ritos en pleno teatro segun las instituciones

de Licurgo. En aquel momento llegaron á Esparta los portadores de la triste noticia: pero no se interrumpieron los juegos, ni se cambió el aparato de la fiesta. Únicamente se mandaron á todas las casas los nombres de los muertos que les pertenecían. Al amanecer del día siguiente ya sabían todos los que se habían salvado ó habían muerto; los padres y parientes de los que habían sido muertos iban á la plaza pública, se abrazaban y se saludaban con semblante alegre, así como los padres y parientes de los que habían escapado del fiero enemigo se ocultaban en sus casas, como en un duelo. Si alguno de ellos se veía precisado á salir á la calle para sus negocios, se presentaba con semblante, voz y mirada que retrataban su tristeza y su abatimiento; y en la desgracia comun de la patria, se sonrojaba de tener un gozo doméstico.

EL PERRO DE JUAN MARTIN.

(CONCLUSION.)

Declararé sin embargo por convenir así á la narracion de esta verídica historia, que Teresa estaba casada con Juan Martin, un buen mozo segun ella decia, el cual en virtud de méritos contraídos al servicio particular del duque de... habia logrado el empleo de guarda mayor del monte propio del mencionado duque, cuyo empleo desempeñaba con un celo y eficacia poco comunes.

A vueltas de no pocas digresiones y giros inusitados, vinimos á saber que el monte cuya vigilancia estaba encomendada á Juan Martin como jefe de otros ocho guardas, era un coto cerrado bastante estenso y poblado de abundantísima caza. Esta última circunstancia, llamó la atencion de don Judas, que interrumpió á Teresa preguntándole si era lícita la entrada en el recinto del bosque, y en caso de estar vedada podria esperar alguna tolerancia por parte de los guardas, á lo que aquella observó la imposibilidad de alcanzar uno ú otro deseo, en razon al celo de su marido y á la espresa prohibicion que el duque habia impuesto respecto al asunto, bajo las mas severas penas con relacion á sus dependientes.

Acercábase la hora de comer, y Teresa que ya no tenia sobre qué fundar la conversacion á pesar de su extraordinaria locuacidad, se despidió para prepararnos la mesa donde no tardamos en reunirnos.

III.

Sirviéosenos la comida con un aseo y abundancia esquisitos.

Durante ella no desplegó sus labios don Judas: este mozo, que desde un principio me habia inspirado la mas honda repugnancia, comenzaba á causarme miedo; pero un miedo sobrenatural, como el que debe sentirse en presencia de un fantasma evocado en las sombras de la noche por la vara mágica de algun vampiro.

No sé qué especie de influencia ejercia su mirada sobre todos mis nervios, pero es lo cierto que el oscuro brillo de sus ojos y el fluido casi palpable que de ellos se desprendia, me originaban un malestar profundo y mis miembros todos sentian un frío parecido al de la terciaria.

Algo semejante á un terrible presentimiento se apoderaba entonces de mi espíritu y por un efecto de supersticion inexplicable, teniendo en cuenta la creencia religiosa que vive en mi corazón, apartaba mis ojos de aquel hombre como pudiera haberlo hecho tratándose del mismísimo Luzbel.

Terminada la comida, levantóse nuestro hombre y despidiéndose friamente, salió de la habitacion donde quedamos Teresa y yo hablando sobre las condiciones ventajosas del pueblo.

Pasada una hora larga de sobremesa, nos separamos la hospedera y el huésped, quedando los dos mejores amigos del mundo.

IV.

Después de escribir algunas cartas y haber empleado un par de horas en la lectura del admirable Fausto de Goethe, cuya sublime inspiracion llena el alma de incomprendible melancolía, salí de mi habitacion deseoso de respirar el ambiente de un mundo menos fantástico y no tan sombrío como el que describe el poeta alemán.

Cuando llegué al patio, un hombre vestido con el uniforme de guarda y armado de carabina y machete corto, se hallaba sentado sobre un banco de madera cerca de mi patrona.

Aquel hombre era Juan Martin. Teresa no se engañaba al decir que su marido era un buen mozo. De alta estatura, porte airoso, fisonomía jovial y franca, Juan Martin revelaba á primera vista la nobleza de su alma y el proverbial carácter de todos sus paisanos, porque sabrán ustedes que nuestro hombre era un verdadero aragonés.

En el espacio que mediaba entre los asientos de ambos cónyuges, dejábase ver un cuadro realmente hermoso.

Un soberbio perro alano de extraordinaria grandeza y robustas formas, se hallaba tendido muellemente sobre el duro suelo, mientras con la cabeza reclinada en su

lomo dormia profundamente el sueño de la inocencia el hijo de Juan Martin, y la pequeñuela se entretenia en retorcer las orejas del formidable cuanto pacienzudo animal.

Al acercarme á mis patronos, el buen guarda se levantó y tendiéndome su mano que estreché afectuosamente, me obligó á tomar asiento en la única silla de brazos que habia en la casa, mueble harto respetable por haber pertenecido á un bisabuelo de Teresa, alcalde que fue de casa y córte.

El perro entre tanto al sentir la presencia de una persona estraña, habia abierto sus grandes ojos y fijando en mí una mirada escudriñadora, los cerró de nuevo con la tranquilidad del que nada teme.

Juan Martin era un mozo decididor y campechanote: así, pues, su conversacion salpicada de chistes y exclamaciones graciosísimas, me proporcionó una verdadera distraccion.

Hablóme de sus proezas militares, de sus amoríos, de sus aventuras y últimamente de su actual situacion, refiriéndome los compromisos y exigencias de su empleo.

Oíla atentamente y aun cuando ningun deseo manifesté de esponer su celo al resultado de una simple condescendencia, él por su parte me obligó á que nos viésemos en el monte á la mañana siguiente, prometiéndome hacerme pasar un rato agradable.

Al llegar aquí fuimos interrumpidos por el hijo del marqués de... que se presentó de improviso y tomó asiento algo distante de nuestro grupo.

Juan Martin le saludó cortésmente y le invitó á tomar parte en nuestra conversacion, pero don Judas se negó á todo con su acostumbrada insolente frialdad.

El perro que hasta entonces habia permanecido tranquilo, al notar la presencia de mi compañero de hospedaje, comenzó á manifestar un profundo desagrado que en vano trataba su amo de desvanecer con caricias y amenazas.

Las pocas palabras que se cruzaron desde aquel momento hasta el en que Teresa nos invitó á cenar, fueron acompañadas por el solo gruñido de Utugamiz, el tremendo alano que de vez en cuando al fijar en don Judas sus irritados ojos, dejaba ver por bajo de los pliegues del arrugado hocico una blanquísima y formidable hilera de dientes, entre los que resaltaban cuatro terribles colmillos.

V.

Hé dicho antes y repito ahora, que á pesar de la creencia religiosa arraigada en el fondo de mi alma, soy algo supersticioso.

El chillido del buho, el canto de un gallo antes de media noche, el ahullido de un perro y la aparicion de un gato negro en mi alcoba, son circunstancias que influyen poderosamente en mi espíritu, y que contra toda mi voluntad me llenan de pavor y melancolía.

En vano he acudido en semejantes circunstancias á los consuelos de la sana moral, á los argumentos de la ciencia y á las reflexiones del criterio. Nada ha podido desvanecer mi terror, porque este se funda en hechos, tal vez producto de la casualidad, pero que al fin son hechos.

Figúrense ustedes después de esta manifestacion, qué tal pasaria yo aquella noche oyendo el intermitente y lúgubre ahullido de Utugamiz, al que habia encerrado su amo en una cuadra temiendo con razon algun serio disgusto, en vista de la desfavorable prevencion con que habia sido recibido don Judas por parte del fiel animal.

Agreguen ustedes á lo dicho que durante la cena y sin causa justificada, se habia desparramado por el suelo la sal contenida en un tarro de porcelana; y cuando por último les diga que al entrar en mi alcoba ví saltar de la cama un enorme gato negro como la endrina, no necesitaré esforzarme mucho para persuadirles que aquella fue la noche mas terrible de mi vida.

Un sudor frío inundaba todos mis miembros, que ya no temblaban, sino que chocaban fuertemente unos con otros, como las ramas de un árbol azotadas por el huracan. Mi cuerpo no podia entrar en calor, á pesar de que sobre el vestido me habia cargado la ropa de la cama cubriéndome enteramente de pies á cabeza.

El alba, al reflejar su tenue y amarillenta claridad en el cristal de la ventana, pudo adivinar el terror de que se hallaba poseído mi espíritu por la contraccion y palidez de mi cadavérico semblante.

El miedo, sin embargo, dilatándose por todas mis venas, habia debilitado la fuerza de la fiebre, concluyendo por recogerse en el cerebro, y produciéndome un sueño intranquilo con todos los caracteres del letargo.

Cuando Teresa entró para servirme el chocolate, eran las ocho de la mañana. Habia descansado en mi pesadilla durante tres horas.

VI.

Acompañado del leal Utugamiz, que se habia hecho mi mejor amigo, y al que Juan Martin dejó por olvido encerrado en la cuadra, salí de allí á un rato en direccion al monte.

Don Judas, ataviado con los arreos de caza, se me

habia anticipado hora y media por lo menos segun me indicó Teresa, que le vió partir en direccion opuesta.

Una vez en marcha, érame difícil contener los impetuosos arranques del inteligente animal, que describiendo pronunciadas curvas, olfateando la tierra y lanzando tristes ahullidos, me obligaba á seguir todos sus movimientos por medio de la fuerte cadena con que le tenia sujeto á mi brazo.

Aquellas manifestaciones no me inspiraban, sin embargo, el pánico terror que habia sentido durante la noche. La luz del día influye poderosamente en los afectos del ánimo. Esta es una verdad incomprendible, pero una verdad.

Llegamos á un recodo del camino. En este y á larga distancia se proyectaban sobre el horizonte las siluetas de algunos hombres que venian hácia nosotros.

Utugamiz, con la nariz dilatada, los ojos ensangrentados y lijos en aquel grupo y el pelo enhiestado, ahulló con mas lúgubre tristeza que lo habia hecho hasta entonces; luego volviéndose hácia mí se deshizo en caricias, lamiéndome el rostro y las manos; pero como yo no comprendiese la espresiva mímica de su instinto, el impaciente animal dió un tremendo salto que me obligó á soltar el extremo de la cadena, y partió como una exhalacion camino arriba.

A medida que la distancia iba desapareciendo, pude distinguir mas perfectamente las figuras del grupo.

Por fin nos encontramos en el mismo punto.

Cuatro hombres con el uniforme de guardas del monte, conducian sobre sus hombros una escalera en que se destacaba el cadáver de otro guarda al parecer, pues vestia igual traje. Detrás del fúnebre grupo seguian un hombre á caballo y dos guardias civiles.

Utugamiz, loco de dolor, giraba y se retorcia al rededor del primer grupo lamiendo la pálida mano del cadáver, que se tendia por un costado de la escalera.

Aquel cadáver era el del honrado Juan Martin.

Segun la relacion de los guardas que le conducian, el marido de Teresa habia sido encontrado ya muerto al pie de una encina: dos balas le habian atravesado el corazón.

En vano se habia registrado el monte hasta en sus mas escondidas grietas, buscando al autor de tan terrible asesinato. Ni un vestigio, ni un rastro se descubria por donde averiguar la causa de aquella muerte, pues que á nadie se habia visto penetrar en el coto, ni el tiro habia producido detonacion.

El crimen quedaba impune ante la justicia humana.

VII.

¡O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est uolor sicut dolor meus! — Estas magnificas palabras, arrancadas por la mayor pena al corazón mas santo y puro, vinieron involuntariamente á mis labios en presencia de la honda angustia, del inmenso quebranto, del profundo dolor de Teresa.

La infeliz mujer habia salido de su casa para llevar como de costumbre la comida á su esposo, cuando al intrincarse en el camino abierto entre una frondosa alameda, la sorprendió el espectáculo terrible que he descrito anteriormente.

Desde aquel momento Teresa no fue dueña de sí misma, ni pudimos en manera alguna separarla del mutilado cadáver de Juan Martin.

Las cristianas reflexiones de los guardas unidas á mis ruegos, las exhortaciones cariñosas de los dos valientes militares, y hasta la autoritativa voz del alcalde, que ginele en su negro caballo presidia el triste séquito, todo fue vano.

¡Teresa estaba loca de dolor!

Renuncio á pintar la inmensa amargura de la desolada mujer, porque hay situaciones en la vida que no pueden espresarse á no sentir su influjo.

VIII.

Aquel mismo día me despedí de la pobre viuda, haciéndola merced del dinero que habia sacado de mi casa, don que recibió sin interés ni desvío, y derramando una lágrima que cayó mezclándose con el raudal que vertian sus abrasados ojos.

La negra tristeza de mi corazón no encontraba palabras con que templar la desgarradora pena de la infeliz mujer.

Don Judas habia tambien partido, pero sin despedirse de Teresa.

En cuanto á Utugamiz, el enorme y fiel alano, puedo decir que á mi salida de Barajas continuaba cerca del cadáver de Juan Martin, al que no abandonó un solo instante.

IX.

Era una hermosa tarde de otoño. Hacia seis meses justos que habian ocurrido los tristes acontecimientos que acabo de referir, y sin embargo, no habia podido descubrirse aun al asesino de Juan Martin.

Después de pasearme con otros amigos por los deliciosos parterres del Retiro, volvíame á mi casa con el lento andar del que nada tiene que hacer, cuando al llegar á la embocadura de la calle de Atocha, me ví

PLAZAS Y ESQUINAS DE MADRID.



EL ÁNGULO S. E. DE LA PLAZA MAYOR DE MADRID EN TIEMPO DE SIEGA.

detenido por una muchedumbre que obstruía el paso delante del Hospital.

Nunca he sido curioso; pero confieso que en aquella circunstancia un no sé qué interior, una voz indefinible y misteriosa me impulsaba á detenerme y averiguar la causa de aquel incidente.

En efecto: acerquéme cuanto pude al centro del apiñado grupo y colocándome de puntillas, me fue fácil reconocer los objetos que tanto llamaban la atención.

Tres ó cuatro sirvientes del Hospital, pugnaban casi inútilmente por sujetar á una mujer que con el semblante horriblemente contraído, el cabello flotando al aire y las ropas en completo desorden, gritaba con todas sus fuerzas oponiéndose á entrar en la hospitalaria casa.

Aquella mujer era Teresa, la viuda de Juan Martín. ¡Estaba loca!

No lejos de este tristísimo é interesante grupo, se veía un hermoso y formidable perro que tendido y con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras, parecía esperar un solo movimiento para avalanzarse y despedazar su presa.

Aquel perro era Utugamiz: Utugamiz que al reconocer por un efecto de su instinto mi presencia en aquel lugar, rápido como una exhalación se abrió paso por medio de la humana barrera, y despues de acariciarme con espresivas demostraciones cogiendo el faldon de mi levita, me condujo al punto en que se hallaba su ama, víctima del mas terrible frenesi.

¿Qué podía yo hacer en tan apurada circunstancia? Recomendé la enferma á uno de los médicos de turno bastante amigo mio, y le obligué á salir conmigo á fin de emplear otros medios mas suaves para conseguir su ingreso.

No hubo necesidad de apelar á ningun recurso extraordinario, porque apenas la infeliz fijó en mí sus extraviados ojos, un rayo de luz iluminó su razon. Lanzóse hácia mí con los brazos abiertos y derramando un copioso raudal de lágrimas, en tanto que yo aprovechando aquel favorable momento la acercaba á la puerta del Hospital.

Ya habia logrado penetrar los umbrales de la santa casa, con no poca tristeza de mi alma y asombro de los circunstantes, cuando un accidente imprevisto vino

á desconcertar mi piadosa obra y ennegrecer mas y mas el sombrío fondo de la escena.

Un hombre, ginete en un brioso caballo tordo, se obstinaba en atravesar la calle á despecho de la multitud que la ocupaba.

Los gritos, las imprecaciones y el movimiento amenazador de la muchedumbre, llamaron la atención de Teresa que volvió sus ojos hácia el objeto que producía aquella agitación.

Un ¡ay! tremendo y poderoso se escapó de lo mas íntimo de su corazon, y como si en aquel supremo quejido hubiese exhalado su espíritu, cayó desplomada en los brazos de mi amigo.

Por de pronto no me fue posible adivinar la causa de tan imprevisto accidente, pero el misterio no tardó en explicarse bien fatalmente por cierto.

Utugamiz con los ojos ensangrentados, arrojando espuma por la abierta boca y saltando con la rapidez del tigre por encima de la multitud, avalanzose sobre el orgulloso é importuno ginete y antes de que se le pudiera prestar el menor auxilio, le habia hecho caer del caballo abriéndole el pecho en mil girones.

Aquel hombre era don Judas, el hijo del marqués de...

Su cuerpo horriblemente mutilado, fue conducido á una habitacion del Hospital, donde se le colocó cerca del lecho de Teresa, con objeto de emplear en ambos los mas eficaces recursos de la ciencia.

Todo fue inútil sin embargo.

La desdichada Teresa, sucumbió aquella misma noche: y en cuanto á don Judas, trasladado á su casa á ruegos de su familia, murió al cabo de tres dias entre los mas crueles dolores.

EPILOGO.

Algunos dias despues de estos tristes sucesos, recibí una esquila firmada por el marqués de... en que me invitaba á presentarme en su casa para un asunto urgente.

Aunque por mi parte dudaba de que el tal asunto pudiera interesarme, no dejé de corresponder á los deseos del marqués.

Este me recibió con una delicada franqueza, y me hizo pasar á un gabinetito donde pude reconocer los

utensilios de caza que habian pertenecido al infeliz don Judas.

—Caballero, dijo el marqués: por mas que la ceguedad de los hombres y la pervertida ilustración del siglo, nos inciten á dudar ya que no á negar rotundamente la existencia de Dios, Dios existe y los efectos maravillosos de su Providencia, se dejan sentir palpablemente.—Vea usted, continuó entregándome un papel.—Vea usted la confesion que hizo mi infortunado hijo horas antes de su muerte, y se convencerá de la verdad que encierran mis palabras.

Tomé el papel y leí. Era como habia dicho el marqués, una verdadera confesion arrancada á la conciencia por el remordimiento.

Don Judas se declaraba autor del asesinato cometido en la persona de Juan Martín, al que habia disparado un tiro que le partió el corazon, sin mas causa que el haberse negado aquel á consentir que el declarante hiciese uso de la escopeta, para aprovecharse de la caza en el monte del duque de... El tiro habia sido disparado con dos balas y una doble carga de pólvora sorda á fin de que no produjese detonación, y el agresor habia abandonado el sitio de la catástrofe sin que hubiera podido notarse el crimen.

Terminaba el escrito encomendando muy eficazmente á su padre el cuidado y asistencia de los dos hijos de Juan Martín, en cuyo favor cedia la legítima que pudiera corresponderle, y por último, encargaba que se me entregase el perro Utugamiz que habia quedado en la habitacion del Hospital donde murió Teresa.

El buen marqués habia cumplido exactamente las últimas disposiciones de su hijo. Los dos tiernos huérfanos estaban en su casa considerados como de la familia, y al despedirme de esta me fue entregado el leal Utugamiz, de quien la Providencia se habia servido como de un instrumento para castigar el crimen que de otro modo hubiera quedado impune.

JOSÉ GARAY DE SARTI.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG.
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.